

señor de Plouguern se acercó á ella y le deslizó una mano por el ribete del corpiño, para pellizcarle familiarmente el seno. Y, con su escéptico tono de mofa, con la libertad del gran señor que se ha revolcado en todas las clases de la sociedad, susurró al oído de la joven:

—Ha puesto sus manos en el Dios de bondad; ¡ya se ha!...

XIV

Rougón, por espacio de ocho días, oyó alzarse en contra suya incesante clamoreo. Habíasele perdonado todo, sus abusos de poder, los insaciables apetitos de su banda, la estrangulación del país; pero el haber enviado á los gendarmes á revolver los jergones de las monjas, constituía un crimen tan monstruoso, que las damas, en la corte, se descolgaban con un temblorcito á su paso. Monseñor Rochart promovía, á los cuatro vientos del mundo oficial, un alboroto mayúsculo. Había ido hasta á presentarse á la emperatriz, según se decía. Por otra parte, el escándalo debía de ser mantenido por un puñado de personas hábiles; circulaban contraseñas; iguales rumores se alzaban por todas partes á la vez, con armonía singular. En medio de tan furiosos ataques, Rougón permaneció en un principio tranquilo y sonriente. Encogía sus robustos hombros y llamaba á la aventura «una estupidez». Y hasta echaba la cosa á broma. En una velada del guarda sellos se dejó decir: «No he dicho, sin embargo, que se encontró un cura dentro de un jergón». Y, habiendo corrido la especie, el ultraje y la impiedad llegaron á su colmo y tuvo lugar una nueva explosión de cólera. Entonces, él, poco á poco, se fué apasionando. ¡Se conseguía, al fin y á la

postre, sacarle de sus casillas! Las hermanas eran unas ladronas, puesto que en su convento se habían encontrado cacerolas y vasos de plata. Y se le puso en la cabeza impulsar el asunto y se comprometió más aún, hablando de confundir á todo el clero de Faverolles citándole á los tribunales.

Una mañana, muy temprano, los Charbonnel hicieron que se les anunciara. Aquello sorprendió á Rougón, pues ignoraba que el matrimonio estuviese en París. En cuanto les vió, díjoles que todo iba á pedir de boca; el día anterior había mandado nuevas instrucciones al prefecto para obligar al estrado á que se apoderase del asunto. Pero el señor Charbonnel pareció consternado y la señora de Charbonnel exclamó:

—No, no es eso... Ha ido usted demasiado lejos, señor Rougón. Nos comprendió usted mal.

Y ambos empezaron y no acabaron, tributando los mayores elogios á las hermanas de la Sagrada Familia. Eran, en realidad, unas santas mujeres. Por un instante pudieron pleitear contra ellas; pero jamás de los jamases habían descendido hasta el extremo de acusarlas de tan feas acciones. Todo Faverolles, por lo demás, les habría abierto los ojos, tanto era lo que las personas en peso de la sociedad respetaban á las buenas hermanas.

—Nos haría usted grandísimo daño, señor Rougón—dijo la señora de Charbonnel terminando,—si continuase usted por tal modo encarnizándose contra la religión. Hemos venido para suplicar á usted que se mantenga tranquilo... Allá nadie puede saber, ¿no es así? Creerían que nosotros le impulsáramos á usted, y habrían concluido por arrojarnos piedras... Hemos hecho un magnífico regalo al con-

vento, un Cristo de marfil que se hallaba al pie de la cama de nuestro pobre primo.

—En fin—concluyó diciendo el señor Charbonnel,—queda usted prevenido, y ésto ahora á usted sólo concierne... Nosotros no tenemos ya que figurar para nada y nos lavamos las manos.

Rougón les estuvo dejando hablar. Parecían muy descontentos de él y hasta concluían por levantar la voz. Un ligero frío le había subido á la cerviz. Mirábales sobrecogido de repentina laxitud, como si un poco de su fuerza acabara de serle arrebatada. Por lo demás, no se metió en discusiones y les despidió prometiéndoles no dar un paso más. Y, en efecto, dejó que se echase tierra al asunto.

Hacía algunos días que se hallaba también amenazado con otro escándalo, en el cual, aun cuando indirectamente, se hallaba mezclado su nombre. Un horrible drama había tenido lugar en Coulonges. Du Poizat, testarudo como él solo, queriendo subirse á las barbas de su padre, según la expresión de Gilquin, había ido una mañana á llamar á la puerta del avaro. Cinco minutos después, los vecinos oyeron tiros en la casa, en medio de vociferaciones espantosas. Cuando se acudió, encontráronse al anciano tendido al pie de la escalera, con el cráneo destrozado; dos escopetas descargadas yacían en medio del vestíbulo. Du Poizat, con el semblante lívido, decía que su padre, al verle dirigirse á la escalera, se puso en seguida á gritar al ladrón, como atacado de locura, y que le había descerrajado dos tiros casi á boca de jarro; hasta enseñó el agujero de una bala que le había atravesado el sombrero. Luego—siempre según él decía—su padre, cayendo de espaldas, había ido á hendirse el cráneo contra el ángulo del

primer escalón. Aquella muerte trágica, aquel drama misterioso y sin testigos, produjeron en todo el departamento los rumores más siniestros. Los médicos declararon que se trataba de un caso de apoplejía fulminante; pero los enemigos del prefecto no por eso dejaban de afirmar que debía de haber empujado al anciano; y el número de sus enemigos aumentaba cada día, merced á la administración ruda y soberbia que aplastaba á Niort bajo su fécula de terror. Du Poizat, apretados los dientes y crispados sus puños de niño enfermizo, permanecía lívido y en pie, conteniendo, con sólo una mirada de sus ojos grises, las chismografías de las comadres, en los umbrales de las puertas. Pero aún le sobrevino á Rougón otra desgracia; fuéle preciso meter en la cárcel á Gilquin, comprometido en una sucia historia de exoneración militar; Gilquin, por cien francos, se comprometía á librar del servicio á los hijos de campesino; y todo lo más que le fué posible hacer en su favor, fué el salvarle de la policía correccional, pero eso sí, quitándole el empleo. Sin embargo, hasta entonces Du Poizat se había apoyado fuertemente en Rougón, cuya responsabilidad comprometía más y más á cada nueva catástrofe. Debió de oliscar la desgracia del ministro, puesto que se presentó en París, sin prevenirselo, muy alicaído él también, pues sentía tambalearse aquel poder del que había hecho tan mal uso, y buscaba ya alguna mano poderosa que le sostuviera. Pensaba en solicitar su cambio de prefectura, á fin de evitar una segura dimisión. Después de la muerte de su padre y de las bellaquerías de Gilquin, Niort se le hacía imposible.

—Me he tropezado con el señor Du Poizat en el barrio Saint-Honoré, á dos pasos de aquí—dijo un

día Clorinda al ministro, por verdadera maldad.— ¿No continúan ustedes siendo amigos?... Digo esto porque parece hecho un veneno contra usted.

Rougón evitó el contestar. Poco á poco, habiendo tenido que negar muchos favores al prefecto, la frialdad cundió entre ellos; ahora ya se limitaban á las meras relaciones oficiales. Por lo demás la desbandada fué general. Hasta la propia madama Correur le abandonaba. Ciertas noches volvía á sentir aquella impresión de soledad, de que tanto había sufrido en otro tiempo, en la calle de Marbeuf, cuando su banda ponía en duda su amistad. Tras de aquellos días de gran concurrencia, cuando una muchedumbre asaltaba su salón, volvía á encontrarse solo, perdido, lacerado. Sus íntimos amigos le volvían la espalda. Sentía de nuevo una imperiosa necesidad de la admiración constante del bravo coronel y del insigne señor Bouchard, del calor de vida con que le rodeaba su pequeña corte. ¿Qué más? hasta echaba de menos los prolongados silencios del señor Béjuin. Entonces intentó otra vez atraerse á su gente; hízose amable, escribió cartas, aventuró visitas. Pero los lazos habíanse roto, no logró ya nunca verlos todos allí, a su lado; si reanudaba un cabo, algún disgustillo de escasa monta en el otro cabo, rompía el hilo; y fuere como fuere, su empeño quedaba siempre incompleto, con amigos, con miembros de menos. Por último, todos se alejaron. Fué aquélla la agonía de su poder. El, tan fuerte, se hallaba ligado á aquellos imbéciles por el constante trabajo de su fortuna común. Al retirarse, cada uno de ellos se llevaba algo de él. Sus fuerzas, en aquella disminución de su importancia, quedaban como inútiles; sus gruesos puños golpea-

ban el vacío. El día en que su sombra se encontró sola al sol, en donde ya no pudo agrandarse más con los abusos de su crédito, parecióle que el sitio que antes ocupaba en el suelo, se había empequeñecido; y entonces soñó una nueva encarnación, una resurrección cual Júpiter Tonante, sin camarilla alguna á sus pies, haciendo la ley por el solo destello de su palabra.

No obstante, Rougón no se tenía aún por seriamente debilitado. Miraba desdeñosamente las picaduras que ni siquiera le herían los talones. Gobernaría con todo poder, impopular y solitario. Al fin y al cabo, su gran fuerza se apoyaba en el emperador, credulidad que fué entonces su única debilidad. Siempre que veía á Su Majestad, la encontraba benévola, amabilísima, con su pálida é impenetrable sonrisa; y le renovaba la expresión de su confianza, repitiéndole las instrucciones tan á menudo dadas. Aquello era lo que le bastaba. El soberano no podía pensar en sacrificarle. Aquella certidumbre le determinó á intentar un gran golpe. Para reducir al silencio á sus enemigos y asentar su poder sólidamente, se le ocurrió ofrecer su dimisión, en los términos más dignos; hablaba de las quejas lanzadas contra él, decía que siempre se había atenido estrictamente á los deseos del emperador y que sentía la necesidad de una elevada aprobación, antes de continuar su obra de salud pública. Por lo demás presentábase sin ambages como hombre de mano firme, capaz de representar la represión á todo tance. La corte se hallaba á la sazón en Fontainebleau. Enviada la dimisión, Rougón esperó con la sangre fría del gran jugador. Iba á pasarse la esponja sobre los últimos escándalos, como el

drama de Coulonges y la visita domiciliaria á las hermanas de la Sagrada Familia. Si, por el contrario, la dimisión le era admitida, quería caer desde su altura, á fuer de hombre fuerte.

Precisamente, el día en que la suerte del ministro debía de decidirse, tenía lugar en el invernáculo de las Naranjas de las Tullerías, una venta de caridad, á beneficio de un asilo patronizado por la emperatriz. Toda la servidumbre palatina, toda la distinguida sociedad oficial, tenía con seguridad que dirigirse allí, para testimoniar su presencia. Rougón se había resuelto á exhibir su semblante tranquilo, lo que por sí solo constituía una especie de fanfarronada; miraría cara á cara á las personas que le dirigirían miradas de reojo, pasearía su soberano desprecio en medio de los cuchicheos de la multitud... Sobre las tres de la tarde, daba una última orden al jefe del personal, antes de partir, cuando su ayuda de cámara se le acercó á decirle que un caballero y una señora insistían con gran empeño en verle, en su habitación particular. La tarjeta rezaba los nombres del marqués y de la marquesa d'Escorailles.

Los dos ancianos que el ayuda de cámara, engañado por sus vestidos casi pobres, había dejado en el comedor, se levantaron ceremoniosamente. Rougón se apresuró á llevarlos al salón, conmovido por su presencia, y un si es no es inquieto. Parecióle extraño su repentino viaje á París y quiso mostrarse en extremo amable. Mas ellos permanecían serios, rígidos y con semblante de contrariedad.

—Señor—dijo por último el marqués,—creemos que nos perdonará usted el paso que nos vemos forzados á dar... Trátase de nuestro hijo Julio. De-

searíamos verle dejar la administración, y venimos á pedirle á usted que no le retenga por más tiempo á su lado.

Y, como el ministro les mirase en extremo sorprendido.

—Los jóvenes tienen la cabeza ligera—prosiguió. —Hemos escrito dos veces á Julio para exponerle los motivos que nos asisten, rogándole que se separe... Mas, como no nos obedecía, hemos resuelto venir. Esta es la segunda vez, caballero, que, en treinta años, hacemos el viaje á París.

Entonces Rougón mostró su disgusto. Julio tenía el más bello porvenir é iban á malograrle su carrera. En tanto que hablaba, la marquesa hacía movimientos de impaciencia. Y se explicó á su vez con mayor viveza:

—Por Dios, señor Rougón, no nos incumbe á nosotros juzgarle á usted. Pero existen en mi familia ciertas tradiciones... Julio no puede inmiscuirse en una abominable persecución contra la Iglesia. En Plassans todo el mundo se hace cruces. Tendríamos que malquistarnos con toda la nobleza del país.

Rougón había comprendido y quiso hablar; mas ella le impuso silencio con ademán imperioso.

—Déjeme usted acabar... Con pesar nuestro, Julio se ha afiliado... Ya sabe usted cual ha sido nuestro dolor al verle servir á un gobierno ilegítimo, y si su padre no le ha maldecido ha sido porque yo me he opuesto. Desde entonces nuestra casa está de luto, y cuando recibimos á los amigos, el nombre de nuestro hijo no se pronuncia jamás. Hasta habíamos jurado no ocuparnos de él; todas las cosas tienen su límite; cosa es por demás intolerable que un d'Escorailles se encuentre mezclado con los ene-

migos de nuestra santa religión... ¿Me comprende usted, señor?

Rougón se mantuvo sereno. Ni pensó en sonreirse ante las piadosas mentiras de la anciana señora. Volvía á ver al marqués y á la marquesa tales como les había conocido, en la época en que él iba poco menos que rabiando de hambre por las calles de Plassans, altaneros, rebosantes de orgullo y de insolencia. Si otras personas se hubiesen expresado en semejante tono, con toda seguridad les habría puesto en la puerta de la calle. Pero se sintió confundido, lastimado, empequeñecido; parecíale que volvía á presentársele su abandonada pobreza; creyó por un instante que arrastraba aún en sus pies sus antiguos zapatos destalonados. Prometiéndoles que haría decidir á Julio. Y luego contentóse con agregar, aludiendo á la respuesta del emperador:

—Por lo demás, señora, su hijo de usted le será quizás devuelto esta noche misma.

Cuando se encontró solo, Rougón se sintió amedrentado. Aquellos ancianos habían conmovido su inmutable sangre fría. Ahora titubeaba sobre si se presentaría en aquella venta de caridad, en donde todas las miradas leerían la turbación de su rostro. Mas avergonzose ante aquel temor infantil. Y se fué, pasando por su gabinete. Preguntó á Merle si no había venido alguien á preguntar por él.

—No, Excelencia—contestó con sagacidad el ujier, quien parecía andar á la husma desde por la mañana.

El invernáculo de los Naranjos de las Tullerías, en donde se realizaba la venta de caridad, hallábase adornado con gran lujo para las circunstancias. Un tapiz de terciopelo encarnado con franjas de

oro, cubría las paredes, convirtiendo la vasta y desnuda galería en un elevado salón de gala. En uno de los extremos, á la izquierda, una inmensa cortina, asimismo de terciopelo encarnado, cortaba la galería y disponía una habitación; y aquella cortina, sostenida por cordones con enormes borlas de oro, abríase con gran amplitud, poniendo en comunicación la gran sala, en la que se encontraban alineados los mostradores de venta y la habitación más estrecha, en donde se había instalado el aparador.

Habíase cubierto el suelo de finísima arena. Los jarrones de mayólica, colocados en los rincones contenían macizos de verdes plantas. En medio del cuadrado formado por los mostradores, un diván circular formaba como un banco de terciopelo con el respaldo muy tendido; mientras que del centro del propio diván surgía un colosal ramo de flores, un haz de tallos, de que se desprendían rosas, claveles, verbenas, á semejanza de una lluvia de brillantes gotas. Delante de las puertas acristaladas, de doble hoja, abiertas sobre la terraza de á orillas del agua, veíanse varios ujieres puestos de frac negro, con severo rostro, que examinaban con un solo golpe de vista las tarjetas de los invitados.

Las damas patrocinadoras no se figuraban contar con gran concurrencia antes de las cuatro. En el gran salón, en pie, detrás de los mostradores, esperaban á los clientes. En largas mesas, cubiertas de paño rojo, se ostentaban los objetos de venta; muchos de los mostradores contenían artículos de París y otros imitados de la China, dos de los puestos hallábanse destinados á juguetes para niños, otro había lleno de rosas, y, por último, un bombo de barquillero bajo una tienda de campaña como en las

fiestas de las inmediaciones. Las vendedoras, escotadas con traje de concierto, se revestían de gracias de tenderas, de sonrisas de modista, para dar salida á un sombrero viejo, de cariñosas inflexiones de voz, charloteando, alabando la mercancía, sin que lo supiesen hacer; y, en aquel juego de señoritas de tienda se encanallaban con risitas, y sentíanse halagadas con el roce de todas aquellas manos de compradores. Una princesa de verdad hallábase al frente de uno de los puestos de juguetes; en frente una marquesa vendía monederos de veinte sueldos, que no soltaba á menos de veinte francos; ambas rivales cifraban el triunfo de su belleza en la venta más importante, atraían al parroquiano, llamaban á los hombres y pedían precios escandalosos, y luego, después de un gran chalaneo de tablaejas ladronas, daban un tantico de ellas mismas, las yemas de los dedos, y, por añadidura, la vista de su corpiño abierto de par en par para decidir á las grandes compras. La caridad, como se ve, no era más que el pretexto.

Entretanto, poco á poco, la sala se iba llenando. Los caballeros, con toda tranquilidad, se detenían y examinaban á las vendedoras como si formasen parte de la instalación. Ante ciertos mostradores, los jóvenes elegantes se extasiaban, se reían y hasta soltaban picarescas alusiones sobre sus compras, mientras que aquellas señoras, de inagotable bondad, pasando de uno á otro, brindaban con toda su tienda con seductor embeleso. Pertenecer á la multitud por espacio de cuatro horas, constituía un verdadero regalo. Dejábase oír un verdadero rumor de almoneda, entrecortado con ruidosas carcajadas, en medio del sordo pisoteo sobre la arena. Los rojos tapices absor-

bían la cruda luz de las acristaladas ventanas, difundiendo una claridad rojiza, flotante, que coloreaba los desnudos senos con rosado matiz. Entre los mostradores, y confundidas con el público, paseaban ligeras canastillas pendientes del cuello, otras seis damas, una baronesa, dos hijas de banquero, tres mujeres de altos funcionarios; precipitábanse al encuentro de cada recién llegado, pregonando cigarros y fuego.

La señora de Combélot, sobre todo, obtenía un gran éxito. Era ramilletera y hallábase colocada en alto asiento en el quiosco lleno de rosas, un chalet calado, dorado, semejante á una gran pajarera. Vestida también color de rosa, rosa de cutis que continuaba su desnudez más allá del escote del corpiño, y llevando tan sólo entre ambos senos el ramo de violetas, distintivo de todas aquellas damas, habíase imaginado hacer los ramilletes ante el público, como verdadera florista; una rosa, un capullo y tres hojas, que movía entre sus dedos, sujetando el hilo con los dientes, vendíalos desde uno á diez luises, según el aspecto de los señores. Y se le arrancaban de las manos los ramitos, no podía dar abasto á los pedidos y se pinchaba de vez en cuando, atreadísima y chupándose vivamente la sangre que se hacía en los dedos.

Frontera á ella, en la barraca de tela, la linda señora de Bouchard estaba encargada del tambor de barquillero. Llevaba un delicioso traje azul á lo campesina, con el talle alto y con el corpiño en forma de pañoleta, casi un disfraz, como para ofrecer el aspecto de una vendedora de panecillos de especia y de barquillos. A más de esto, fingía graciosísimo ceceo y unos ademanes de tonta de la más seductora

originalidad. Encima del torniquete los lotes se veían clasificados; horrorosas chucherías de cinco ó seis sueldos, tafiletería, cristalería, porcelana; y la pluma rechinaba entre los alambres, la placa giratoria se llevaba los lotes, con ruido continuo de vagilla rota. Cada dos minutos, cuando los jugadores faltaban, la señora de Bouchard decía con su almibarada voz de inocentona llegada el día anterior de su aldea:

—A veinte sueldos la puesta, señores... Vamos, señores, jueguen ustedes...

El aparador, asimismo enarenado, adornado en los ángulos con plantas verdes, estaba provisto de mesitas redondas y de asientos de rejilla. Habíase tratado de imitar un verdadero café, para hacerlo más llamativo. En el testero, tras del mostrador monumental, tres señoras se abanicaban, en espera de las demandas de los consumidores. Delante de ellas las botellas de licores, los platos de pastelillos y de sandwiches, los confites, los cigarros y los cigarrillos, formaban una tosca parada de baile público. Y, de vez en cuando, la dama del centro, cierta condesa morena y petulante, se levantaba y se inclinaba para llenar un vasito, no entendiéndose ya en medio de aquel desorden de botellas y maniobrando con sus desnudos brazos, con riesgo de hacerlo todo añicos. Pero Clorinda reinaba en el aparador. Ella era la que servía al público de las mesas. Habríasela tomado por Juno, sirviente de una cervecería. Llevaba un vestido de raso amarillo, cruzado de bieses de raso negro, deslumbrador, extraordinario, como un astro cuya cola se asemejaba á una cauda de cometa. Con el escote más de la cuenta bajo, dejando el busto casi al descubierto, circulaba majestuosamente por entre los asientos de rejilla, paseando *chops* en bande-

jas de metal blanco, con serenidad de verdadera diosa. Rozaba los hombros de los señores con sus desnudos codos, se inclinaba con el corpiño abierto, para tomar órdenes, y á todos contestaba, sin apresurarse sonriente, muy á su satisfacción. Cuando lo servido quedaba apurado, recibía en su hermosa mano las monedas de plata y de cobre que echaba, con ademán ya familiar, en un limosnero pendiente de la cintura.

En esto, el señor Kahn y el señor Béjuin acababan de sentarse. El primero golpeó en la mesita de zinc, como tomándolo á broma, gritando:

—Señora, dos *bocks*.

Clorinda se acercó, sirvió los dos bocks y se quedó allí en pie, como para descansar un instante, pues el aparador se encontraba ya casi vacío. Distráida, sirviéndose de su pañuelo de encaje, se enjugaba los dedos, mojados con la cerveza. El señor Kahn se fijó en el brillo especial de sus ojos, en la expresión de triunfo que irradiaba de todo su semblante. Miróla con interés, y le preguntó:

—¿Cuándo ha vuelto usted de Fontainebleau?

—Esta mañana—le contestó.

—Y ha visto usted al emperador, ¿qué noticias hay?

Clorinda se sonrió y se mordió los labios con expresión indefinida, mirándole á su vez. Entonces el ilustre Kahn se fijó en una alhaja de que no tenía noticia. Llevábala Clorinda en su desnudo cuello, sobre sus desnudos hombros, y consistía en un collar llamado de perro, un verdadero collar de gozque de terciopelo negro, con la hebilla, la argolla y el cascabel, un cascabel de oro en que se tintinaba una perla fina. En el collar se veían escritos en caracte-

res de diamantes, dos nombres con letras entrelazadas y caprichosamente retorcidas. Y, pendiente del aro, una gruesa cadena de oro ondeaba á lo largo de su pecho, entre ambos senos, y después volvía á subir para ajustarse á una placa de oro, fija en el brazo derecho, en la que se leía: *Pertenezco á mi amo*.

—¿Es un regalo?—susurró discretamente Kahn, señalando la alhaja.

Contestó que sí con la cabeza, siempre contrayendo los labios en una mueca graciosa y sensual. Ella había querido aquella señal de esclavitud y blasonaba de ella con impudente serenidad; que la ponía muy por encima de las faltas de escasa monta, sintiéndose por lo demás muy honrada con la elección de un príncipe, tan envidiada por todas. Cuando se presentó en público, con la garganta ceñida con aquel collar, en el que perspicaces ojos de rivales creían leer un apellido ilustre unido al de ella, todas las mujeres habían comprendido, cambiando miradas, como para decirse: «es un hecho». De un mes á aquella parte, el mundo oficial hablaba de tamaña aventura y esperaba el consiguiente desenlace. Y era un hecho, en realidad; ella misma lo proclamaba, lo llevaba escrito en los hombros. Si hubiese de darse crédito á una historia susurrada de oído á oído, su primer lecho, á los quince abrioles fué el jergón de paja en donde dormía un cochero, en lo más apartado de una cuadra. Con el andar de los tiempos, había ido subiendo á otros lechos, cada vez más empingorotados, de banqueros, de funcionarios, de ministros, ensanchando más y más su fortuna tras de cada una de sus noches. Después, de alcoba en alcoba, de etapa en etapa,

como apoteosis para satisfacer una última voluntad y un postrer orgullo, acababa de apoyar su tan hermosa como fría cabeza sobre la almohada imperial.

—Señora, ruego á usted que me sirva un *bock*—dijo un caballero muy grueso, condecorado, todo un general que la miraba sonriendo.

Y así que hubo servido el *bock*, dos diputados la llamaron.

—Dos copas de *chartreuse*, si lo tiene usted á bien.

Oleadas de gente iban llegando, y por todos lados las demandas llovían que era una bendición; pedíanse *groggs*, anisete, limonadas, pastelillos y cigarrillos. Los hombres la miraban de hito en hito, hablaban por lo bajo, aguijados por la picaresca historia que corría acerca de ella. Y cuando aquella moza de cervecería, que en la mañana misma habíase desprendido de los brazos de un emperador, tendía la mano para recibir el importe de lo consumido, no parecía sino que los señores olfateaban y que buscaban en ella algo de aquellos amores soberanos. Clorinda, sin la menor alteración, volvía lentamente el cuello para exhibir su collar de perros, cuya gruesa cadena de oro producía un ligero ruido. Debía de constituir un atractivo mayor aún el convertirse en la criada de todos, cuando se acaba de ser reina durante toda una noche, el deslizar por entre las mesas de un café de pura broma, entre las rodajas de limón y las migajas de pastel, unos pies de estatua besados apasionadamente por augustos labios...

—Esto es de lo más divertido—dijo volviendo á ponerse ante el señor Kahn. Me toman por una

criada de veras, palabra de honor. Creo que uno de ellos hasta me ha pellizado. Y no le he dicho nada. ¿A qué? Se trata de los pobres, ¿no es eso?

El señor Kahn, con un guiñar de ojos, le rogó que se inclinara; y en muy bajito tono, le preguntó:

—Entonces, ¿Rougón?...

—¡Chist! En seguida—le contestó bajando también la voz.—Le he enviado una esquila de invitación, á mi nombre. Le espero.

Mas como el señor Kahn moviese la cabeza como dudando, la joven agregó con viveza:

—Sí, sí, le conozco, vendrá... Por lo demás, nada sabe.

Tanto el señor Kahn como el señor Béjuin, se pusieron desde entonces á atisbar la llegada de Rougón. Veían toda la gran sala por la ancha abertura de los cortinajes. El público aumentaba á cada momento. Algunos caballeros, recostados en torno al diván circular, con las piernas cruzadas, cerraban los ojos en dulce somnolencia; mientras que, rozando con sus extendidos pies, un interminable desfile de visitantes, giraba por delante de ellos. El calor se hacía insorpotable. El ruido sordo y confuso iba en aumento en la roja y flotante neblina que se difundía sobre los negros sombreros. Y á cada instante, en medio de toda aquella barahunda, el chirrido del molinete del barquillero hería los oídos de la multitud con ensordecedor estruendo de carraca.

Madama Correur, que acababa de llegar, daba á paso menudo la vuelta alrededor de los mostradores, muy gruesa y vestida con un traje de granadina rayada, blanco y color de malva sobre el cual

la gordura de sus hombros y brazos se desbordaba en rosadas redondeces. En su rostro se retrataba la prudencia y sus reflexivas miradas de compradora parecía buscar una verdadera ganga. Solía decir que á menudo se encontraban verdaderas chiripas en las ventas de caridad, aquellas buenas señoras no sabían de la misa la media en punto á los lotes que estaban encargadas de expender. Por lo demás, no compraba nunca á las vendedoras á quienes conocía; aquéllas «exprimían más de lo justo á sus amistades». Cuando hubo dado la vuelta á la sala, revolviendo todos los objetos, tomándolos y volviéndolos á dejar, dirigióse nuevamente á un mostrador de tafiletería, ante el cual permaneció diez largos minutos, registrando toda la parada y demostrando gran perplejidad. Por último, como quien no hacía la cosa, tomó una cartera de piel de Rusia, en que había ya puesto los ojos más de un cuarto de hora hacía.

—¿Cuánto vale?—preguntó.

La vendedora, una buena moza rubia, dispuesta á bromear con dos caballeros, volvióse apenas y contestó:

—Quince francos.

La cartera valía por lo menos veinte. Aquellas señoras que luchaban entre ellas para ver quién sacaba á los hombres sumas más extravagantes, vendían generalmente á las mujeres á coste y costas, por una especie de francmasonería. Pero madama Correur volvió á poner la cartera en el mostrador, de espanto llena y murmurando:

—¡Oh! es demasiado caro... Quiero tan sólo hacer un regalo. Daré diez francos, y nada más. ¿No tiene usted alguna cosa bonita por diez francos?

Y se puso de nuevo á revolver la instalación. Nada era de su gusto. ¡Ah! ¡Si la cartera no resultase tan cara! Volvíala á tomar y metía las narices en las divisiones. La vendedora, perdida ya la paciencia, concluyó por dejársela en catorce francos y luego en doce... No, no, era todavía demasiado cara. Y la obtuvo por once francos, tras de un regateo feroz. La arrogante moza decía:

—Prefiero vender... Todas las mujeres regatean, pero ninguna compra... ¡Ah! ¡si no contásemos con los caballeros!

Madame Correur, al irse, tuvo el placer de ver en el interior de la cartera, una inscripción que rezaba veinticinco francos. Siguió andando de aquí para allá y concluyó por instalarse tras el bombo del barquillero, al lado de la señora de Bouchard. Llamábala «mi querida amiga», y le atraía á la frente dos ricitos que se le rebelaban.

—Hola, ahí tenemos al coronel—dijo el señor Kahn, siempre pegado al aparador y con los ojos fijos en las puertas.

El coronel se acercaba porque no podía pasar por otra cosa. Proponíase quedar en paz con un luis; lo que, así y todo, era darle una fuerte sangría en el corazón. En la puerta vióse ya rodeado, asaltado, por tres ó cuatro damas, que repetían:

—Caballero, cómpreme usted un cigarro... Señor, una caja de cerillas...

El coronel se sonreía y se las quitaba de encima con toda finura. Acto seguido se orientó pues quería pagar su deuda cuanto antes mejor; detúvose ante un mostrador, regentado por una dama muy bien reputada en la corte, á la cual pidió precio por una petaca de un feo subido. ¡Setecientos fran-

cos! No fué dueño de evitar un gesto de terror, por poco cae de espaldas; dejó el estuche y se eclipsó; mientras que la señora, abochornada, ofendida, volvía la cabeza, como si el coronel hubiese cometido con ella una inconveniencia. Y entonces, para no dar pábulo á enfadosos comentarios, se acercó nuestro guerrero al quiosco en que la señora de Combelot seguía haciendo sus ramilletes. No debían de ser caros aquellos ramitos, mas, por prudencia, ni siquiera quiso uno, pues le daba en la nariz que la linda ramilletera querría señalar un elevadísimo precio á su trabajo. Escogió, pues, entre el montón de rosas, la menos descogida, la más insignificante, un capullo medio marchito. Y con toda galantería, sacando el portamonedas, preguntó:

—Señora, ¿cuánto vale esta flor?

—Cien francos, caballero,—contestó la dama, quien, con el rabillo del ojo, había observado sus movimientos.

Baluceó y le temblaron manos y piernas. Mas aquella vez no había medio de retroceder. Había gente allí, que no le quitaba la vista de encima. Pagó, aunque muy á regañadientes, y, refugiándose en el aparador, sentóse á la mesita del señor Kahn, murmurando:

—Esto es la bolsa ó la vida, ni más ni menos que la bolsa ó la vida...

—¿No ha visto usted á Rougón en la sala?—preguntó el señor Kahn.

El coronel no contestó. ¡Para eso estaba! Lanzaba desde allí á las vendedoras las miradas más furibundas. Y luego, como el señor d'Escorailles y el señor La Rouquette se riesen de la mejor gana, delante de una instalación, repitió de dientes adentro:

—¡Pardiez! á los jóvenes eso les divierte... Acaban siempre por gozar en relación al dinero que les cuesta.

Los señores d'Escorailles y La Rouquette, en efecto, se divertían á más no poder. Aquellas damas se los disputaban con encarnizamiento. En cuanto entraron, los brazos se tendieron hacia ellos; á derecha é izquierda no se oían más que sus nombres.

—Señor d'Escorailles, ya sabe usted lo que me tiene prometido... Vamos, señor La Rouquette, ya me comprará usted este caballito. ¿No? Pues entonces una muñeca. Sí, sí, una muñeca es lo que le hace á usted falta.

Ambos se cogían del brazo, para protegerse, decían riendo. Adelantábanse radiantes, embelesados, en medio del asalto de todas aquellas faldas y en la tibia caricia de aquellas argentinas voces. A veces desaparecían bajo la oleada de desnudos senos, contra los cuales fingían defenderse, con grititos de espanto. Y, en cada mostrador, dejábanse llevar por amable violencia. Luego hacíanse los tacaños y fingían los más cómicos azoramientos. Una muñeca de á sueldo, por un luis, ¡aqué! no estaba al alcance de sus fortunas! Tres lápices, dos luises... ¡qué! ¿querían quitarles el pan de la boca? Era cosa de morirse de risa. Aquellas damas mostraban una alegría arrulladora, verdadero canto de sirena, cada vez se presentaban más ávidas de dinero, embriagadas por aquella lluvia de oro, triplicando, cuadruplicando los precios, instadas por la pasión del robo. Pasábanselos de unas manos á otras, guiñando los ojos, diciendo: «A estos los tomo por mi cuenta... Ya veréis... hay que desvalijarlos...», frases que ellos comprendían y á las que contestaban